

zas, se avistaron y colocaron frente, á frente pero no combatieron. Una que habia sido amácia del mismo Chávez denunció á Rojas el lugar donde aquel tenia ocultos algunos objetos valiosos, fruto del crimen, los que Rojas tomó y llevó consigo, y regresó á Jalisco sin haber hecho nada en pro de la paz de Aguascalientes.

Pero ni todos los hechos que refiero eran los de mayores trascendencias en la triste época del gobierno del infortunado Chavez. Con aquellos coincidieron la toma de Puebla por los franceses, la desocupacion de la capital por el gobierno de la Union y otras muchas desgracias nacionales. Más y más eran inminentes los peligros, más y más era oscuro el porvenir. Avanzaron los invasores sobre el interior de la República y el gobernador y sus amigos abandonaron primero la capital y despues el Estado. Muchos de ellos no debian volver jamás al suelo donde nacieron!

CAPITULO XXIII

Los mártires.

(1864.—1865)

La invasion francesa.—Desencanto.—Basave.—Ruiz.—Rodriguez.—Gonzalez.—Las fuerzas del Estado.—Malpaso.—Jerez.—Asesinatos.—Ghilardi.—Su muerte.—Mas fusilamientos.—Cortes marciales.—Avril.—Gómez Portugal.—Cambio de política.—La prensa.—Division territorial.—Marin.—El general Arteaga.—Otro cambio de política.

POR FIN Aguascalientes sufrió, como otros muchos pueblos del país, la inmensa desgracia de ver derrocado su gobierno, destruidas sus instituciones, perdida su independencía. Los soldados de Magenta

y Solferino, descendientes de los de Marengo y Austerlitz, izaron sus banderas en la misma ciudad donde se desplegaron medio siglo antes las de los héroes de 1810, y quizá Castagny y demas generales hollaron con su planta de conquistadores los mismos sitios recorridos por Hidalgo y Allende. (1) El espíritu de novedad y el de partido, la curiosidad de los unos y el ciego odio de bandería de los otros, arrastraron á muchos al campamento francés, cuyo ejército recibió como una ovacion aquella avalancha de gentes que iban á ver á las inmediaciones de la capital á los zuavos, á los cazadores de Africa, conocidos ya en los periódicos ilustrados y en los grabados que adornan los pequeños salones de las barberías de barrio. Se hizo gala de cortesía y hasta de cariño por los invasores; con gusto fueron recibidos los oficiales franceses en casas particulares, y se desesperaban los ánimos de los afrancesados por el hecho de conocer el idioma de Cervantes y de Lope, y no el de Racine y Moliere. Un entusiasmo artificial, hijo de las causas enunciadas, acogió á los franceses, y se estableció un cuasi gobierno, sometido en todo al comandante de la plaza, recibíendose esta humillacion como un bien. Se habia conquistado la felicidad, se habia salvado la religion!

(1) Otros muchos jefes y oficiales, hijos de Aguascalientes, habian combatido en San Lorenzo ó en Puebla á los franceses, como D. Claro F. Puente, D. Francisco A. Rosales, D. Rafael Sandoval, D. Mateo Salas, D. Juan Cardona, D. Julian Montes, D. Demetrio Rodriguez, D. Inés Hernandez y D. Higinio y sus dos hermanos Pedro Macías.

Bastó el trascurso de pocos dias para que se comenzase á notar el disgusto de los antiguos conservadores. Los invasores no tenian capellanes, ni iban á misa, ni se arrodillaban al pasar el Viático, ni se descubrian ante los clérigos; comenzaron á pesar sobre las familias los jefes y oficiales alojados; los franceses veían á los traidores con el más alto desprecio, y aun las autoridades superiores del Departamento eran consideradas por aquellos algo ménos que como los antiguos romanos consideraban á los libertos. Por otra parte, la prensa francesa y afrancesada de México, no se manifestaban muy católicas, y las leyes de Reforma solo en Aguascalientes fueron derogadas y por D. Julian Narvaez, cuyo *supremo* decreto publicó el bandido Juan Chávez!.....

Un hecho vino á aumentar el desagrado reaccionario. El licenciado D. Manuel Alonso, uno de esos seres á quienes profundas heridas en el alma llevan al sepulcro prematuramente, murió en Aguascalientes. D. Plutarco Silva y yo comprendimos que al cadáver del perdido amigo se negaría un palmo de tierra en los panteones que habian vuelto á poder del clero, y nos propusimos evitar esto. Vió el primero al prefecto político D. Cayetano Basave, militar retirado á quien la regencia mandó á gobernarnos, y éste tuvo una larga conferencia con el cura D. Miguel F. Frutos, no muy agradable para ambos. Dió ella por resultado nuestro triunfo: Basave ordenó que el cadáver fuese sepultado en el mejor de los cementerios de la ciudad —el de Guadalupe—y el fanatismo murmuró en silencio, viendo sepultar en ese lugar el cadáver de un hom-

bre como Alonso, adjudicatario, y que además había jurado la Constitución y muerto impenitente.

Se esperaba, sin embargo, el establecimiento de un orden de cosas mas conforme con las aspiraciones de los mas exajerados conservadores que ocuparon entónces los puestos públicos. Ya había procesiones religiosas, y ésto era algo para aquellos. En cambio, no se volvian al clero los bienes nacionalizados, y Mr. de Barres, órgano de Forey y de la intervencion, se burlaba en su periódico, no solo de los altos dignatarios de la Iglesia, sino de los actos del culto público, de los milagros, de algunos dogmas. Y todavía se esperaba! Tan ciego así era el partido conservador! (1)

(1) Con fecha 10 de Agosto de 1863, la llamada regencia expidió una circular, ordenando que todos los que habían figurado en el gobierno constitucional, debían ser llamados y obligados á firmar una acta de *sumision* al nuevo orden de cosas; *imponiendo á los que no firmasen, la pena de prision y deportacion*. Esta circular parece que era aplicable solamente en la capital, pero despues se hizo extensiva á todo el país. Basave llamó intempestivamente á varios liberales que firmaron aquel documento. El Lic. Jayme escribió esta nota: "Firmamos en razon á que la pena que impone la circular de 10 de Agosto próximo pasado, es muy severa, y se nos amenaza de ponerla en ejecucion."—Firmaron así Jayme, D. Rafael Sagredo, D. Miguel Guinchard, D. Fermin Medina, D. Manuel Cardona y D. Antonio Salas. Casi en los mismos términos, y aún en otros mas duros, escribieron notas al pié de sus firmas D. Trinidad Pedroza, D. Jesus H. Azcon, D. Gerónimo Rangel, D. Macedonio Marin, D. Juan Bocanegra, D. Jesus y D. José Romero, D. Bruno Dávalos, D. José María R. de la Peña, D. Jesus Solis, D. Agustin R. Gonzalez, D. Luis Carrion, D. Crisanto Jimenez y D. Facundo de la Vega. Protestando que no habían servido al gobierno legítimo, firmaron D. Guillermo R.

D. Francisco Ruiz de Esparza, alcalde municipal y, despues de Basave, prefecto político, fué el digno representante de ese partido. Ruiz era un honrado comerciante en pequeño, hombre de unos cuarenta años; blanco, grueso, de anchas espaldas, robusto y mas activo en vigilar á los liberales caídos que lo que podia esperarse de su cuasi obesidad. Se encaraba personalmente á aquellos, les reprendía ácremente porque hablaban, porque se reunian de una manera pacífica; les conducía á la cárcel por tales *delitos*, como condujo á D. Epigmenio Parga, muy jóven entónces, y á otros. Hubiera sido un excelente cabo de policía. Por lo demas, Ruiz era devoto, tenia *la fé del carbonero*, y á su fanatismo igualaba solo su ignorancia en política y

Brand, D. Refugio Guinchard, D. Nicolás Diaz, D. Feliciano Ugarte, D. Trifonio Chávez, D. Dario Rangel y D. José María Villalobos. Mr. Lefèvre, de cuya historia tomo éstos datos, dice que con la primera de las protestas firmaron otras veinticuatro personas, y agrega:

"El prefecto político (se refiere á Esparza) de Aguascalientes, al trasmitirla (el acta firmada) al ministro de Gobernacion, la había acompañado de un despacho en el que deploraba el *no haber podido cumplir en todo su vigor* las órdenes de la regencia," y así se dice en la siguiente comunicacion oficial:

"Aunque existen todavía muchas personas á quienes comprende la disposicion de la circular de 10 de Agosto del año próximo pasado, no se les ha exigido que firmen *por haberse opuesto* el señor coronel francés comandante superior de esta plaza (Avril) á que á aquellas personas se les estreche al cumplimiento de aquella orden suprema.—El prefecto político interino, *Francisco R. Esparza*.—El secretario de la prefectura, *Alejandro L. de Nava*.—Señor sub secretario de Estado y del despacho de Gobernacion.—México."—*Lefèvre, Historia de la intervencion francesa en México.*

en administracion. (1) Era por tanto el mas á propósito para mandarín, en un tiempo en que los franceses gobernaban realmente. A pesar de esto, algo le había enseñado el trato social, y sus maneras no eran las de un hombre vulgar. Nada se dijo en su contra respecto de mal manejo de caudales.

En la alcaldía municipal figuraron varias personas, entre otras D. Fernando Rodriguez y D. Manuel I. Gonzalez. Aquel era un escribano público de pocos alcances y muchas pretensiones, fanático menos sincero que Ruiz y más apasionado que éste en política. Quizá el frio cálculo no fué extraño á su ostentacion en las prácticas religiosas del culto público. Grosero en su trato, de una fisonomía vulgar y mas vulgares maneras, se hacia repugnante. Este hombre de pasiones fuertes, las que pretendia ocultar tras la máscara de la devoción, de poca instruccion, era el consejero, el secretario, el amigo íntimo de Ruiz. Naturalmente tal concubinato solo produjo abortos monstruosos.

D. Manuel I. Gonzalez habia hecho una brillante carrera literaria en Guadalajara, y fué en 1856 amigo entusiasta de las reformas sociales y políticas. Mas tarde rehusó jurar la Constitucion y fué adversario del partido liberal, conversion de frente que acaso determinó el hecho de haberse ligado con la familia de Lares, (2) pues el carácter de aquel es sumamente débil

(1) El mismo Maximiliano, en las anotaciones que hizo respecto de los hombres que le servian, dice de la ignorancia de Ruiz de Esparza. No puede ser de mas peso la calificacion.

(2) Como el señor Lic. D. Teodosio Lares no representó un papel brillante en el Estado, á pesar de ser hijo de Aguascalien-

en este respecto. Sirvió lealmente á la reaccion, y en el desempeño de la alcaldía municipal manifestó no tener conocimiento de los hombres y de las cosas, formándose una idea exajerada del principio de autoridad.

Hé aquí las notabilidades de esta época, á las que se pueden agregar D. José María Guerrero, antiguo profesor de instruccion primaria, intervencionista devoto y pacífico, honrado y trabajador, y D. Higinio Silva, que tenia casi las mismas cualidades y defectos de aquel. En tales manos, puras en verdad, se encontraba la hacienda del Departamento. Juan Chávez y demas bandidos figuraban como soldados, pero sin alternar con la sociedad de la cual eran alejados por sus anteriores crímenes. (1)

tes, no he podido referirme á él sino en este lugar y por incidencia. Lares prestó servicios importantes á la instruccion en Zacatecas, figuró en México, donde fué diputado, consejero, ministro, etc., y en esta época habia sido uno de los *notables* y ejerció grande influencia. Cualesquiera que hayan sido los errores que en política cometiera Lares, preciso es confesar que fué probo, instruido, hombre de Estado y abogado distinguido que como tal honra á su patria.

(1) Mientras esto pasaba en Aguascalientes, uno de sus hijos hacia esfuerzos en Europa por salvarnos de la tiranía extranjera. El Sr. Terán, agente diplomático, disuadia á Maximiliano de venir á México, publicaba en la prensa cuantos datos podian enaltecer á la República y conquistarle las simpatías de los gobiernos y los pueblos europeos. Parte de la correspondencia de Terán se ha publicado, pero la mayor permanece inédita, quizá por razones de Estado.—El Sr. Terán murió en Paris el 25 de Abril de 1865, fecha funesta para su familia. Por una rara coincidencia, sus dos

Pero al mismo tiempo que en Aguascalientes se representaba el ridículo ensayo de monarquía, mientras una docena de afrancesados hacían alarde, hasta dando lugar á terribles murmuraciones, de adhesión y amor á los soldados invasores, fuera del Departamento tenían lugar escenas de sangre que constituyen un padrón de ignominia para la intervención; se sucedían trágicos hechos que hicieron derramar muchas lágrimas y dejaron en la viudez y en la orfandad á muchos seres inocentes.

El gobernador Chávez recorría con las fuerzas de su mando los pueblos de Zacatecas, situados al Noroeste de Aguascalientes, procurando despertar en ellos el entusiasmo patriótico, debilitado entonces á consecuencia de tantos reveses que habían sufrido las tropas republicanas y más aún por las defecciones que tuvieron lugar. Los hombres de más fé comprendían que vendría la reacción, pero que sería esto después de recobrada la moral perdida en 1863 y 1864. Entonces los franceses eran dueños del interior del país, y ellos y los traidores avanzaban sobre los lejanos Estados del Norte y del Occidente.

En tales circunstancias, á las que se agrega la falta de energía y de conocimientos militares de Chávez, andaba éste á la cabeza de sus fuerzas, obrando aisladamente, sin aliados, sin recursos, sin un lugar seguro para retirarse después de una derrota. Por otra parte, no toda su fuerza estaba sometida á la disciplina militar, pues el desorden y la desmoralización se introdu-

hermanas han muerto también el día y mes mencionados de distintos años.

jeron en las filas de algunos guerrilleros voluntarios. Estacionado en poblaciones y fincas de campo conocidamente hostiles á los republicanos, Chávez no podía tener con tan pequeños elementos y en tales lugares ni la más remota esperanza de triunfar. Sin embargo —y esto fué el origen de tantas desgracias— ordenó el ataque á la hacienda de Malpaso, finca que no podía proporcionarle hombres, armas, dinero ni otros elementos de guerra que hubiesen acrecido los muy pocos con que contaba Chávez. Se atacó la hacienda el viernes santo de este año, (1864) hizo ésta resistencia, y después de cinco horas de combate tuvo lugar un convenio entre asaltantes y asaltados. Se obtuvo la más mezquina de las victorias, el triunfo más estéril en resultados, no sin que un guerrillero de apellido Macías y otros, hicieran ostentación de crueldad, ni sin que fueran víctimas del desatentado asalto débiles ancianos y una infeliz mujer. Una obstinación fatal, la fuerza del destino incontestable llevó al gobernador á un sitio en donde pocos días después se alzarían cadalsos para él y para muchos de sus compañeros.

Impresionado con aquel espectáculo de sangre que por vez primera se presentaba á los ojos de Chávez; lamentando su corazón de hombre honrado los abusos cometidos por algunos de los suyos; fatigado con un día de combate, de zozobra y de lucha, regresó con sus fuerzas á Jerez y allí le cegó una nueva y funesta obstinación. Saenz, Arteaga y otros jefes experimentados le habían demostrado el peligro que significaba la permanencia de la tropa en Jerez, ciudad tan inmediata á Zacatecas en donde estaba el enemigo.

Nada escuchó Chávez, á nadie atendió, creyendo que el miedo y no la experiencia y la razon dictaba tan fundadas observaciones. Sucedió lo que se habia previsto; los franceses y traidores atacaron la plaza de Jerez el sábado de gloria, á las primeras horas del dia, y fué tal la sorpresa, que se hizo imposible la resistencia. Solo el valiente comandante D. Ignacio Arteaga disparó su pistola hiriendo á un oficial francés. Los cuarteles fueron tomados, cogidos prisioneros los jefes, oficiales, soldados, amigos del gobernador, etc., quien cayó tambien en manos de sus contrarios. Los franceses y los traidores acababan de pasar por la hacienda atacada el dia anterior; oyeron allá la relacion exajerada de los abusos cometidos, vieron las huellas de éstos, y avanzaron sobre Jerez, respirando odio y venganza, preparados para las mas sangrientas represalias. Fueron ultrajados y asesinados vilmente el jefe político de Aguascalientes, D. Benito Calera, D. Ignacio Arteaga, D. Rafael Medina, D. Vicente Valadez, D. José María Espinosa y hasta mas de veinticinco sargentos y soldados, escapando de la matanza de ese dia el gobernador y los que con él fueron conducidos á Zacatecas, quizá para adornar un triunfo que no significa la gloria, sino el oprobio de los vencedores. Escaparon de ser víctimas en esa hecatombe, Ortigosa, Chávez (D. Martín W.) D. Juan N. Sandoval y el licenciado D. Epifanio Silva. El primero fué salvado por el bandido y traidor Dionisio Perez, quien años antes habia sido sirviente suyo en una finca de campo. Saenz, Arteaga, Contreras y otros pocos que no estaban en la plaza de Jerez en los momentos de la sorpresa, se incorporaron á otras

fuerzas que fueron derrotadas cerca de Valparaiso, (22 de Mayo) muriendo D. Casiano Arteaga y otros hijos de Aguascalientes. (1)

En Zacatecas se formó causa á Chávez y á sus compañeros, acusándoseles de *asesinos, ladrones é in-*

(1) A pesar de contener algunas inexactitudes, reproduzco lo siguiente tomado de la «Historia de la intervencion francesa en México, por Mr. E. Lefèvre.»

«Si hemos de creer las cartas de Zacatecas publicadas en los periódicos de Lóndres, en el mes de Julio de 1864, cuando los franceses se aproximaron á Aguascalientes, el gobernador de ese Estado, señor D. José María Chávez, se habia retirado con las fuerzas de que disponia— 400 hombres y dos piezas de artillería—para ir á reunirse con las fuerzas liberales de Zacatecas. Pasó la noche del 30 de Marzo de 1864 en la hacienda de Malpaso; mas habiendo sabido que las tropas francesas le perseguian, se fué á Jerez donde fué sorprendido y hecho prisionero mientras sus hombres estaban durmiendo..... Sacrificaron á sus rencores la guarnicion de Aguascalientes, tropa reputada, entre todas, por su disciplina.»

..... «Hubo en esta noche desgraciada cien hombres asesinados durante su sueño, y al dia siguiente, los verdugos condujeron á Zacatecas al Sr. Chávez, herido por dos lanzadas.»

«En vano los vecinos de Zacatecas acudieron en gran número á representar en favor de los prisioneros; en vano los doce hijos de Chávez, en compañía de los padres de las otras víctimas, se echaron á los piés de los verdugos..... el general L'Heritier se mantuvo sin piedad, y en la mañana de su llegada, el señor Chávez fué pasado por las armas, en union de sus compañeros de cautividad.»

..... «Se manchó con el nombre de *pillos*, de *ladrones* á las personas mas educadas y honradas de Aguascalientes, y el general Bazaine, ya sea por haber sido engañado, ya porque quiso parecerlo, publicó una circular por la cual mandaba fusilar inmediatamente á todos los jefes de guerrilla cogidos con las armas en la mano.»

ceñidarios. Lanzar tal insulto á Chávez cuya honradez era proverbial, fué un hecho que indignó hasta á los enemigos de ese hombre infortunado. Durante la farsa de proceso se hicieron representaciones firmadas por multitud de personas de Zacatecas y Aguascalientes; el comercio y todas las clases sociales se interesaban en salvar á Chávez; se hizo oír la voz de la justicia y de la razón, se invocaron las leyes de la civilización y la humanidad, pero todo inútilmente. El ciego espíritu de partido nada escucha; las pasiones no raciocinan. Por otra parte, cómo se justificaban los asesinatos de Jerez, siendo Chávez absuelto? Para lavar la mancha de un crimen era preciso perpetrar otro á sangre fría, y por lo mismo mas odioso, y un tribunal inicuo, dócil á la consigna del invasor extranjero, sentenció á muerte á Chávez. Este y ocho oficiales y sargentos, contándose entre los primeros Belkerfer, Luis López, Luis Elías, José María Villa, fueron conducidos á Malpaso y fusilados allí. (5 de Abril) Se puso en libertad (¡generosidad insultante!) á D. Eulogio y D. Gil Chávez, que no seguían al gobernador, sino al autor de sus días, á su padre. (1)

(1) Hé aquí la carta de despedida del señor Chávez á la señora Nestora Pedroza:

Instituto de Niñas, Abril 4 de 1864.

Querida esposa:

«¿Qué podré decirte en estos últimos momentos para consolar-te? Que la mano poderosa del Omnipotente que rige los destinos del mundo, dispone de mi vida como suya, y quiere que pague con ella las graves faltas que he cometido en el cumplimiento de mis deberes. Pero esa inmensa Providencia jamás abandonará á

Antes de esto, el patriota italiano, el caudillo de Ayutla, general D. Luis Ghilardi, habia sido derrotado y cogido prisionero en Colotlan, (Jalisco) de donde fué conducido á Aguascalientes con sus amigos y compañeros D. Pedro Landázuri, D. Refugio I. Gonzalez y otros. Fueron éstos reducidos á prision con su jefe y puestos en libertad mas tarde, quedando Ghilardi esperando una sentencia que todos adivinaron cuál sería. Se comprendió que la *ilustrada* Francia iba á vengarse de supuestos agravios pasados, y que sacrificaría en un cadalso, no al compañero de Alvarez y Dego-

los desvalidos y velará por todos vdes: acógete á Ella, espera en su misericordia, y confía.»

«Yo muero por haber intentado defender la independencia de mi patria: no creo haber cometido una falta por esto; mas si así fuere, Dios me perdonará: á él me acojo.»

«Como no hay tiempo para la disposición testamentaria, solo por ésta te nombro á tí primer albacea, y á mi hermano Pablo y mi hijo Eulogio, que conocen mejor mis negocios, segundo y tercero, para que arreglen del mejor modo posible el pago de las deudas, y que los tres cuiden de la familia.»

«Les recomiendo den á mi nombre, á todas las personas que se empeñaron en salvarme, mis agradecimientos.»

«Amada esposa, tú has sido siempre el bálsamo y el consuelo en todos mis trabajos; sé ahora mas que nunca la mujer fuerte de la Escritura y el amparo y guía de todos mis hijos.»

«Recibe mi corazón: toma para tí una parte y reparte lo demas en mi madre y en todos mis hijos, que sabes amo con toda mi alma. Adios.—José María Chávez.»

A la madrugada del día 5.

«Yo conjuro á todos mis hijos no procuren tomar venganza de mi muerte, sino antes les mando y suplico solamente se dediquen al trabajo para el sostenimiento de la gran familia que dejo.»